

Tragicomedia mexicana 2

Luis Echeverría Álvarez, significativamente, fue el primer mandatario de México que jamás pasó por un puesto de elección popular, y su carrera más bien se desarrolló en los laberintos burocráticos. Era un experto del "control", después de doce años muy intensos como subsecretario y secretario de Gobernación. Conocía muy bien las entrañas del sistema y se dispuso a utilizar al máximo el sacrosanto poder presidencial. A fin de cuentas, como lo demostró ampliamente, no le interesaba conciliar ni equilibrar los intereses políticos de la familia revolucionaria; desde un principio hizo lo que quiso, con la autoridad que le daba, a falta de mejor legitimación, la fortaleza física que le permitía trabajar "jornadas de catorce horas sin ir al baño".

Desde un principio, Echeverría enarboló como modelo a Lázaro Cárdenas. Por tanto, para mitigar la nostalgia de los tiempos en que estuvieron de moda la ropa, las artesanías indígenas y todo "lo mexicano", dispuso que en las comidas y celebraciones presidenciales en vez de vino y licores "extranjerezantes" se sirvieran aguas de chía, de horchata o de jamaica, y en Los Pinos se colocaron muebles mexicanos y equipales para los invitados. La esposa del presidente, María Esther Zuno, aparecía en las fiestas ataviada con trajes de tehuana, en la más pura tradición de los años treinta, sólo que en 1971 la gente no recordó a Frida Kahlo, sino a las meseras de los restaurantes Sanborn's, que solían vestir trajes autóctonos y que, a partir de ese momento, se les conoció como "las esthercitas". Por cierto, a la "primera dama" le gustaba que le dijeran, al estilo revolucionario, "la compañera Esther", y ella, a su vez, llamaba a su esposo y presidente por el apellido, "Echeverría". Doña Esther no tenía intenciones, como sus antecesoras, de pasar como Abnegada Madrecita Mexicana; ella también venía en plan de lucha y dispuesta a llamar la atención. Por supuesto, no faltó quien dijese que el verdadero poder de Los Pinos era ella.

El presidente, por su parte, para que viesen que sus simpatías se hallaban con el pueblo campesino, a la menor provocación se ponía guayaberas, las cuales, como era de esperarse, rápidamente se impusieron entre los funcionarios, ya que éstos, con tal de complacer al gran jefe, no habrían dudado en ponerse pañales, como quizá los usaba el Señor. Esto era de considerarse porque Echeverría quería hacerlo todo, pero ya, y el tiempo no le alcanzaba, así es que casi no dormía, no comía ni iba al baño. "¡No meal!", exclamaban, admirados, sus subalternos, e incluso varios trataron de imitarlo en semejante violencia al cuerpo. José López Portillo reveló que él mismo en una ocasión contuvo la necesidad de orinar por más de diez horas, a pesar de que "se le salían las lagrimitas".

Echeverría nunca paraba de hablar y de emitir estentóreas carcajadas. Le gusta tener mucho público y con frecuencia citaba, desde temprano en la mañana, a equipos numerosos de funcionarios de varias dependencias, y los "acuerdos colectivos" duraban hasta la madrugada. Esas sesiones de trabajo eran tan caóticas y excesivas que López Portillo una vez mejor se puso a jugar futbolito con un zapato de Bernardo Aguirre, quien para evadir la abrumadora realidad de los acuerdos colectivos se quitaba los cacles y practicaba posturas de yoga.

López Portillo, que para entonces era subsecretario de Patrimonio, también reportó que una vez su jefe Horacio Flores de la Peña llegó furioso después de una reunión sobre el cultivo del limón que, como ya era costumbre, duró eternidades. "Ahí estuvimos horas y horas, jode y

jode con el puto limón”, se quejaba el secretario de Patrimonio. Por esa razón, cada vez que sonaba el teléfono de “la red”, Flores de la Peña y López Portillo se miraban, resignados, y decían: “Ahí vamos otra vez con el puto limón.”

A Echeverría le gustaba disponer de la gente a su arbitrio, y a menudo llamaba a colaboradores a altas horas de la madrugada; esos pobres jinetes de la patria llegaban a Los Pinos con la pijama bajo el traje y con chinguinas en los ojos. Si no, el presidente invitaba gente pero nomás no la dejaba ir para no perder ese público cautivo. El historiador Daniel Cosío Villegas a su vez contó que, después de una invitación a comer en Los Pinos, Echeverría insistió en que se quedara a ver una película de promoción oficial que ni siquiera estaba terminada, y después tuvo que soportar varios acuerdos con todo tipo de burócratas que no cesaban de entrar y salir.

Cosío Villegas escribió que la política de diálogo del presidente en realidad fue un inmenso monólogo, y diagnosticó que Echeverría padecía exceso de locuacidad, que se creía predestinado y que su ansia de trascendencia lo hacía volcar sus mensajes no sólo a la nación, sino al Mundo y a la Historia. Para colmo, agregó Cosío Villegas, el tono del mandatario era de predicador o, en el mejor de los casos, de maestro rural, siempre rico en antologables errores de gramática o, de plano, de congruencia. Quería quedar bien con todos, especialmente con los jóvenes, pero rapidito; “sobre la marcha”, decía, “caminando seguiremos poniendo las ideas a caballo”.

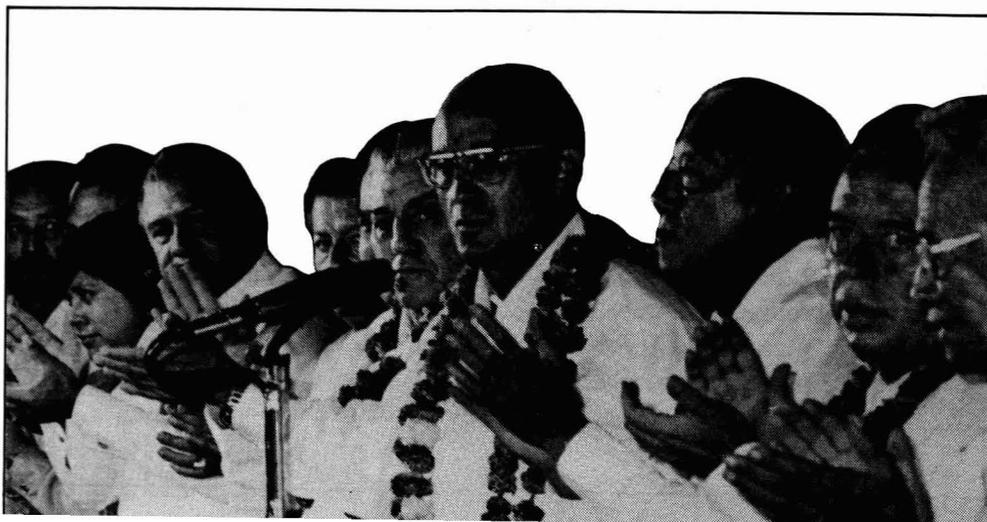
Ante los grupos que reunía proclamaba sus grandes planes: un renacimiento económico, agrario, obrero, cívico y cultural; crearía parques industriales, daría el poder a los obreros y todas las facilidades a los jóvenes; además, apoyaría a la provincia y al campo con políticas de descentralización, estímulos fiscales y crediticios, para que los campesinos pudieran formar sus propios fideicomisos y explotar su propia riqueza.

Luis Echeverría fue el primer presidente mexicano que se acercó a los intelectuales, pues, antes de él, sólo Miguel Alemán había mostrado aprecio hacia los artistas. Echeverría, sin embargo, comprendió que en el nuevo contexto post68 la alta inteligencia del arte, el pensamiento y la investigación vestiría muy bien a su gobierno, y la cultivó.

Uno de los primeros éxitos del presidente en este terreno fue la conquista fácil de Carlos Fuentes, quien no sólo se adhirió al nuevo mandatario sino que incluso hizo un gran proselitismo a su favor al compás del lema “Echeverría o el fascismo”. El escritor organizó una reunión entre Echeverría y Lo Más Destacado de la Intelectualidad de Nueva York, y, como premio, obtuvo el puesto de embajador de México en París, lo cual era uno de los sueños de los viejos intelectuales latinoamericanos, y que ponía a Fuentes a la par de Pablo Neruda, Alejo Carpentier o Miguel Ángel Asturias.

Muchos se apuntaron con Echeverría, como José Luis Cuevas y Fernando Benítez, al igual que la China Mendoza, y Ricardo Garibay aprovechó una audiencia, en la que el presidente lo salvó de apuros monetarios (con un grueso fajo de billetes que sin más sacó de un cajón de su escritorio mientras, de lo más *cool*, le decía “¿con esto te alcanza?”), y le pidió la oportunidad de “estar a su lado y poder ser testigo de los actos de gobierno”, lo cual complació mucho al presidente. Garibay, en efecto, obtuvo derecho de picaporte a la oficina presidencial hasta que, a fines de sexenio, hizo una crítica que no le gustó a Echeverría, quien congeló la relación. A su vez, Ricardo Martínez fue el pintor preferido del presidente.

Por otra parte, la gente de *Excelsior*, con Cosío Villegas como centro delantero, recibió regalos e invitaciones a las ordalías de agua de horchata y de jamaica. Los editorialistas de



Excélsior le tomaron la palabra a Echeverría y se dedicaron a ejercer la libertad de expresión. Dirigidos por Julio Scherer García, Gastón García Cantú, Samuel I. del Villar, Froylán López Narváez, Antonio Delhumeau, Carlos Monsiváis, Jorge Ibargüengoitia, Vicente Leñero, Ricardo Garibay y Luis Medina, entre otros, conformaron el equipo de editorialistas, y junto a un cuerpo de reporteros de primera línea convirtieron al *Excélsior* en el principal periódico del país y en buena medida revitalizaron el periodismo mexicano, que se hallaba en densos pantanos de manipulación, corrupción y falta de imaginación. Se dio un espacio diario a la cultura, lo cual era insólito en la prensa salvo en el caso de *El Día*, y se dignificó en buena medida la sección de sociales. Por supuesto, la actitud crítica de *Excélsior* más tarde le acarrió problemas con el gobierno y con la iniciativa privada, que en más de una ocasión lo sometió a boicots para doblegarlo. Pero a principios del sexenio nada de eso ocurría aún y el periódico era un éxito.

Por supuesto, el brío principal venía de parte del historiador Daniel Cosío Villegas, quien muy pronto le tomó la medida a Echeverría y a su administración, y se divirtió enormemente criticándolos con artículos elegantes, inteligentes e irónicos. Entre muchas otras cosas, escribió que en la ciudadanía nadie creía que hubiera un verdadero diálogo, y ni siquiera un monólogo, sino muchos, pues a los del presidente había que añadir los de sus colaboradores. Esto irritó a Echeverría y se encargó de hacerlo saber, por lo que Cosío Villegas sin más anunció que renunciaba a seguir escribiendo. El secretario de Educación Bravo Ahuja entonces fue a visitar al historiador y le comunicó que su esposa, de modo vehemente, le había pedido que convenciera a don Daniel de que no suspendiera sus artículos. La esposa de Bravo Ahuja a fin de cuentas resultó ser el presidente mismo quien de plano acabó por tomar el teléfono para decir: "Siga escribiendo."

Por su parte, el historiador no sólo lo hizo sino que Joaquín Mortiz le publicó *El sistema político mexicano*, una radiografía muy útil para conocer las entrañas de la vida política nacional y en la que por primera vez se sacaron a balcón los modos de operación del presidencialismo priista, que por lo general sólo se conocían en las muy altas cúpulas; en este libro apareció la celeberrima definición: en México se vive "una monarquía absoluta sexenal y hereditaria en línea transversal". Cosío diseccionó el tapadismo, la corrupción, la demagogia, la esquizofrenia (el gobierno por un lado y el pueblo por otro) y calificó al sistema mexicano como "una Disneylandia democrática".

Cosío Villegas invitó a la compañera María Esther y a Echeverría a comer a su casa, y en una de esas visitas asistieron también varios estudiantes de El Colegio de México, quienes "dialogaron" con el presidente, o sea, estoicamente lo escucharon perorar. "Mírelo", comentó la compañera Esther, "está encantado." Allí mismo Echeverría autorizó fondos para la elaboración de *La historia de la Revolución Mexicana*, que con el tiempo resultó una serie de 23 volúmenes, algunos de ellos excelentes.

Echeverría a su vez correspondió invitando a los Cosío a comer en Los Pinos, pero, como la actitud crítica del historiador no cesaba a pesar de estas comidas, el presidente echó a andar fuertes ataques (o "golpes") en la prensa contra él e incluso un libelo titulado *Danny, el sobrino del Tío Sam*. Más tarde Cosío Villegas llevó a comer con el presidente ya no a estudiantes sino a pesos-pesados del medio intelectual, como Octavio Paz, Víctor Urquidí y Julio Scherer. Por último, Cosío publicó la continuación sui generis de *El sistema político mexicano*, titulado *El estilo personal de gobernar*. Este libro se concentraba en la personalidad de Luis Echeverría, a quien observó con una gran penetración pero también de una manera regocijante. El presidente ya no aguantó esta última estocada, enfureció al máximo y se suspendieron las invitaciones a comer. Es de suponerse que todo esto contribuyó al estado de ánimo que llevó a Echeverría a derribar el *Excélsior* de Scherer en 1976.

Pero antes, *Excélsior* expandió sus actividades y financió la revista *Plural*, la cual mereció que Tito Monterroso dijese que "era la prueba de que el espíritu pesa más que la materia". *Plural* en lo más mínimo hizo honor a su nombre y pronto conformó un equipo compuesto por Gabriel Zaíd, Enrique Krauze, Alejandro Rossi, José de la Colina, Ulalume González de León, Julieta Campos, Salvador Elizondo, Juan García Ponce, y unos cuantos más que lograron colarse a este grupo, tan hermético como los misterios de Eleusis. *Excélsior* también publicó una nueva *Revista de Revistas*, dirigida por Vicente Leñero, que pronto se ganó un buen merecido prestigio entre los lectores interesados por las cuestiones políticas y sociales. En esta publicación comenzó a destacar Miguel Ángel Granados Chapa. ◇

